

MOISES ARRAGEL DE GUADALAJARA Y SU VINCULACION CON TOLEDO

Antes de trazar una sucinta biografía de este curioso personaje alcarreño, conviene anotar que en tiempo de Alfonso X tomó forma literaria la lengua castellana, dejándose de usar el latín de aquel entonces, con la frecuencia y el exclusivismo que había mantenido. Su padre, Fernando III *el Santo*, en la primera mitad del siglo XIII mandó traducir la *Biblia* y el *Fuero Juzgo* al romance, como entonces se decía y, el hijo, llamado *el Sabio*, dio carácter a lo que no había sido con anterioridad más que un dialecto.

Cuando el cardenal Cisneros quiso fijar el texto de la Biblia, sin regatear gastos ni esfuerzo, resultó la célebre «Poliglota Complutense», en seis volúmenes, encargando de su edición a Nebrija en 1502, con la confrontación del texto hebreo por sabios judíos conversos. Acabado el texto en 1517, fue publicado en 1520 por orden de Su Santidad, el papa León X.

Para esa fecha ya había traducido un alcarreño (que por cierto, no cita ningún historiador de la provincia), el Rabí —título con que los judíos nombran a los sabios de su Ley—, Moisés Arragel de Guadalajara, del hebreo al castellano, la Biblia en su parte del Antiguo Testamento. De diez a once años, entre 1422 y 1433, le llevó hacer la versión, con notas y comentarios. De esta traducción nos vamos a ocupar fundamentalmente, creo que por primera vez en nuestros medios, pues no hay datos en las historias españolas de Literatura. A reparar este olvido tienden estas notas.

Arragel debió nacer a finales del siglo XIV, bastante después del lorquino Jeshosuah Harloquí, bautizado con el nombre de Jerónimo de Santa Fe, reputado como el más docto de los rabinos en su época, siendo médico del papa Benedicto XIII (don Pedro de Luna, elegido por los cardenales de Aviñón) y del burgalés Salomón Haleví, que se hizo cristiano como Pablo de Santa María, llegando a ser obispo de Burgos.

Sin duda que el guadalajareño conoció en su juventud, por la vecindad geográfica y la cronología, a su correligionario el bilbilitano Peripot Durán, quien floreció a partir de 1380, el cual, como Arragel, no quiso abjurar de su fe, siendo autor de libros tan célebres como «Carta a Benet ibn Goren», «Ceñidor pectoral» y «Advertencia a los que dudan».

Moisés Arragel justifica, por sí solo y otras referencias ya ano-

tadas por nosotros en crónicas periodísticas, que «haya que agrupar a la actual provincia de Guadalajara entre las tierras descollantes de la cultura judía medieval, por los sabios de esa raza en ellas nacidos, savia que en otros aspectos menos intelectuales todavía perdura».

No podemos estar de acuerdo con las afirmaciones del erudito académico don Juan Catalina García, el cual con una ligereza impropia del conocimiento histórico de su tierra natal, sentó la desdichada afirmación de que «ni judíos, ni mudéjares, han dejado huellas de su existencia en la mayor parte de los pueblos en donde vivían, como si repugnase a la historia nacional el conservar memoria de aquellas gentes extrañas y acaso dañinas».

Afirmaciones totalmente inciertas. La sólida erudición de especialistas como Cantera y Carrete, que no aluden para nada a Catalina García por desconocer su aserto, prueban con documentos lo equivocado de semejantes juicios insólitos. Autores tan poco sospechosos como el israelita David Hurovitz, opinan que en Sefarad, «dentro de un ambiente de libertad y tolerancia, los judíos llegaron a desarrollar al máximo sus facultades creativas, en todos los campos de la actividad humana. En lo material, llegaron a ser un factor preponderante en la economía del país, desarrollando todas las labores conocidas en la época. En lo espiritual, llegaron a niveles tan altos que engrandecieron a España en los siglos XI al XIV».

Por su parte, P. Link dice que «su creación particular impulsó las ciencias y la literatura, la filosofía y las matemáticas, la poesía y otras especulaciones notables en España».

De esta cantera procedía el rabí Arrazel de Guadalajara, hombre honesto e inteligente, culto y laborioso. Indudablemente, como todos los sabios de su raza, tuvo en su profunda formación humanística inclinación especial hacia la Biblia. Como sus antepasados los *sofrim*, personas eruditas con vocación misional, pues divulgaban entre el pueblo semita el contenido de los libros llamados *sagrados*. Fueron justamente estos escribas los que recopilaron tales escritos y anotaron los que se transmitían de generación en generación, formando así el libro que más influencia había de tener sobre la Humanidad: la Biblia.

De ahí que Arrazel de Guadalajara se mostrara dispuesto y capaz para traducir y anotar por sí solo una obra semejante, el Antiguo Testamento del que vamos a ocuparnos, aunque temeroso de las críticas acerbas de sus correligionarios, si se enteraban, por llevar a cabo tal encargo de los cristianos.

La ficha bibliográfica de la ingente obra en cuestión, por fin editada en el primer cuarto del siglo actual, es *Biblia. Antiguo Testamento*. Traducida del hebreo al castellano por Rabí Mosé Arragel de Guadalajara (1422-1433), y publicada por el duque de Berwick y de Alba. Madrid. Imprenta Artística, 1920-1922, 2 volúmenes in-folio marquilla. XIX-845 páginas, 2 hojas, 74 láminas, 992 págs. Más 45 láminas, 290 viñetas, 29 iniciales y una hoja. Encuadernación uniforme original, en plena piel gofrada, estilo mudéjar con estuche. Las ilustraciones, bellísimas, van realizadas en negro y colores. La impresión duró cinco años y medio, por la imprenta reseñada que era propiedad de José Blass y Compañía. Esta oficina tipográfica se fusionó luego con la Editorial Baille-Baylliere.

La edición, primera y única de esta obra monumental, ilustrada con 119 bellas reproducciones del códice, en plan suntuoso, es digna de la magnificencia del gran aristócrata hispano. La tirada fue de 300 ejemplares en papel de hilo y una reducida serie para los socios del *Roxburghe Club* de Londres, al que pertenecía el Duque. El códice original se conserva en el palacio ducal de la Casa de Alba, de Madrid.

Hagamos un poco de historia del mismo, de esta obra singular del rabí Moisés Arragel de Guadalajara. Fue dado a conocer primeramente por J. Lorenzo Villanueva en su libro «De la lección de las Sagradas Escrituras en lengua vulgares» (Valencia, 1791). Después se refiere a dicho códice un folleto de treinta páginas en octavo, publicado —sábese que en el año 1849— sin lugar de impresión por Luis de Usóz y Río y, por último, se refirió a él Antonio Paz y Meliá en el volumen de «Homenaje a don Marcelino Menéndez y Pelayo». Hay que decir que el duque de Alba encargó a Antonio y Julián Paz que cuidasen de la publicación del códice de Moisés Arragel de Guadalajara, «limando algunas partes duras del texto, para que pudiera ser leído por todo el mundo», legando así un monumento de la lengua castellana, debido a un hebrero alcarreño.

También históricamente es necesario que digamos algo de cómo fue a parar tan preciada obra, digna del mayor elogio, a los anaqueles de la biblioteca ducal de Alba. Hacia 1420 moraba en su palacio de Toledo el Maestre de la Orden de Calatrava, don Luis de Guzmán, poderoso señor de extensas propiedades en la Mancha y en Andalucía, más dado a los libros que a la caza y demás entretenimientos propios entonces de los caballeros de su alcurnia y estirpe. Le entraron deseos de leer la Biblia en castellano, no en lenguas antiguas, aunque alguna conocía, bien anotada y comentada, lejos de

las versiones corruptas que corrían en boga, sino en un texto puro y castizo. No era fácil llevar a cabo su idea, pero recordó que entre sus numerosos vasallos se encontraba por entonces en Maqueda un sabio rabino natural de Guadalajara. Lo llamó y, cuando acudió Moisés Arragel a su presencia le expuso su pensamiento y sus pretensiones.

El sabio alcarreño dió las gracias al magnate por la honra que con tal encargo le hacía, traducir las Sagradas Escrituras, pagándole con generosidad su trabajo durara lo que durara. Pero el agudo rabí, viendo la responsabilidad que contraía con cristianos y hebreos, se excusó ante el Maestre de Calatrava, «alegando al principio sus cortos conocimientos y la enormidad de la empresa para un solo hombre; luego, que si hacía la traducción conforme a sus creencias desagradaría a los cristianos, incluso al mismo don Luis de Guzmán y a la generalidad de los lectores. Si por el contrario, se inclinaba a los dogmas cristianos, disgustaría a los de su raza». Pero el Maestre de Calatrava, firme en su idea, le respondió: «Hacéis como todos los sabios y doctos, que cuanto más capaces son de una obra, más se excusan en hacerla.» Añadiendo cortés pero imperativamente, para calmar sus escrúpulos: «Dejad de miedos y achaque judaicos, pues nada grave os habrá de acontecer en vuestras bien probadas creencias y, en cuanto a las dificultades cristianas retóricas, cuidarán de glosar ciertos puntos el Prior Enzinas, buen teólogo y escriturista, y el Arcediano Guzmán (posiblemente de su familia), cuando creyera necesario consultarlos.»

Aún debió resistirse el rabino de Guadalajara, pues el Maestre de Calatrava le ordena que sin más dilación «se fuese inmediatamente a Toledo, donde se le daría pan (todo lo preciso para un mantenimiento digno) y se le sufragarían todos los gastos». Más tarde insiste el caballero calatravo, «le amenaza asegurándole, que sino pone desde luego manos a la obra, le perseguirá judicialmente». El judío alcarreño no tuvo más remedio que acceder, dedicando a su enorme tarea casi diez años. La versión se concluyó en su primera fase el 2 de junio de 1430, y con notas y retoques en 1433.

El estilo de la «Biblia de Alba», obra del rabí Moisés Arragel se parece al de las «Siete Partidas» y se ajusta a la ortodoxia católica, a nuestras creencias religiosas. Se sabe que la redacción total de este valioso manuscrito, importantísimo en la literatura bíblica española, silenciado durante siglos por razones que no se nos alcanzan (quizá por quien había sido su autor), costó «trescientos mil

reales de nuestra moneda». Para la época, una suma nada despreciable, digna de la magnificencia de los Guzmanes.

Pero sigamos el rastro del extraordinario manuscrito. No se sabe cómo, pero ello es que en 1624 dicho Códice se hallaba en manos y poder del Inquisidor General don Andrés Pacheco (de la familia del marqués de Villena), quien se lo regaló —aunque jurídicamente no podía hacerlo—, al poderoso valido de Felipe IV don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, «para que lo pudiese tener, leer, poseer y guardar en su librería en atención a los favores y gracias que con su padre, el conde de Olivares, habían tenido y hecho al Santo Oficio, y en consideración de haber pertenecido dicha Biblia, a uno de los de la Casa de Guzmán».

Por herencia o adquisición pasó luego a la Casa de Alba, afortunadamente, ya que gracias a ella fue publicado el valioso texto del rabi alcarreño suntuosamente y por vez primera. De otra forma quizá se hubiera perdido o no tendríamos noticias completas del mismo.

Pero fueron los ilustres hebraístas contemporáneos Francisco Cantera Burgos y Carlos Carretero Parrondo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con documentación histórica irrefutable, los que han dicho lo más importante y sólido sobre el tema. Lo sabemos bien, porque el primero era compañero y maestro nuestro en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Digo era, porque falleció en Madrid a 19 de enero de 1978. Primero en la revista «Sefarad», números XXXIII-XXXIV, y luego en un libro de 240 páginas 17 × 24 cms. Merece la pena transcribir lo que dicen: «Es el primero —entre los puestos más descollantes de la cultura judía medieval— la versión en castellano que del Antiguo Testamento llevó a cabo en Maqueda un famoso judío de esta tierra (se refieren a la de Guadalajara): Mosé Arragel de Guadalajara entre los años 1422 y 1430, por encargo del Gran Maestre de la Orden de Calatrava don Luis de Guzmán. Dicha traducción, que figura entre las más notables biblias romanceadas del medioevo, es universalmente conocida con el nombre de *Biblia de Alba* por pertenecer a esta Casa ducal y haber sido su benemérito editor, don Jacobo Fitz-James Stuart Falcó Portocarrero y Osorio, duque de Berwick y de Alba, XXV director de la Real Academia de la Historia. Entre los aspectos que en versión tan valiosa cabe destacar, figura su elevado valor lingüístico y su entronque con versiones castellanas anteriores, como la Escorialense I-J-3 y otra manuscrita en la Real Academia citada; la calidad artística y documental de las bellas y muy numerosas miniaturas que ilustran el manuscrito ducal y la

sólida formación humanística e intelectual de que en su anotación hace gala el rabino guadalajareño. La versión, fruto de un concienzudo trabajo de casi diez años, en Maqueda, no es un simple traslado del hebreo, sino que se halla enriquecido con copioso caudal de glosas y comentarios, y es producto de una docta labor crítica que tiene en cuenta, así el texto original hebraico, como la versión latina de San Jerónimo. Mosé Arragel, con aliento de auténtico humanista, acierta a conjugar con espíritu científico riguroso la interpretación cristiana y la judía, siendo exponente del mismo criterio racionalista que alentó en judíos españoles que le precedieron, como Abraham ibn Ezra y Maimónides. Haciendo gala de amplia cultura clásica, cristiana y rabínica, rica erudición y buen gusto, ameniza sus glosas con fábulas, cuentos y apólogos de interés notable».

No cabe mayor elogio de Moisés Arragel de Guadalajara, rabino y maestro que tuvo discípulos como Yshaq o Isaac Abohab, de quien dice el astrónomo e historiador Abraham Zacuto que vivió hasta finales del siglo xv, muriendo en Portugal exiliado voluntariamente, hacia 1493. Lo tiene en cuenta H. Reinart en su trabajo sobre «La diáspora judeo-española desde 1492».

Como dato adicional consta que un pariente del célebre alcarreño, de la misma progenie y linaje, fue el llamado Salomón Arraxel, que vivía en 1499, pues según Cantera, «en escritura de venta judicial a favor del conde de Coruña (señor de Torija), de los bienes de los judíos expulsados de Guadalajara, en la que se le señala como dueño de casas *en la calle que va de la Juderia*». Luego estos edificios debieron pertenecer, si él no los había comprado, a la familia Arragel. Al menos es lógico suponerlo como probable.

A modo de curiosidad simplemente, aunque árabes y judíos se casaban entre sí por entonces, por analogía de apellidos, que durante la décima cuarta centuria el clérigo Gil Pérez tradujo al castellano sobre una versión portuguesa, la llamada «Crónica del moro Rasis», apreciado historiador del siglo x, calificado como el cronista por excelencia. La editó Gayangos. Su nombre verdadero era Ahmed ar-Razī o Arraxel (887-955), historiador prolífico cuyas obras se han perdido, pero que, según el manuscrito de la Biblioteca de Palacio que examinó Menéndez Pidal, tenía un gran conocimiento de las tierras de Wad-Al-Hayara y de la ciudad visigoda de Recópolis, de la que San Isidoro de Sevilla (570?-636) había dicho: «Urbem in Celtiberia fécit et Recopolom nominavit», entre otros topónimos alcarreños.

Para terminar estas notas, digamos que bien sabida es la evolu-

ción histórica que ha tenido España en favor de los judíos desde los últimos tiempos, consciente de la aportación cultural que supusieron, siendo prueba fehaciente el Instituto «Arias Montano» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que funciona desde el año 1940. Recuérdese asimismo, que el 18 de noviembre de 1959 se inauguró en los salones de la Biblioteca Nacional, por las más altas autoridades oficiales y académicas, la primera Exposición Bibliográfica Sefardí Mundial, que despertó inusitado interés en todos los países del orbe.

JOSÉ SANZ Y DÍAZ
Correspondiente

POST-SCRIPTUM

En las conferencias dadas en el Centro de Intercambio Intelectual germano-español, dio una en Madrid don Jesús Domínguez Bordonada, el 14 de marzo de 1928, sobre «Retratos en manuscritos españoles».

Este erudito del Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios, dice de nuestro personaje: «La primera mitad del siglo XV es época de penuria para la miniatura castellana. La obra más representativa es la Biblia de la Casa de Alba, puesta en romance y glossada para el Maestre de Calatrava, don Luis de Guzmán, por el rabí Mosé Arrajel de Guadalajara, quien dio cima a su labor en la villa de Maqueda (Toledo) el año 1430.

Una de las curiosidades de este códice (valiosísimo desde tantos puntos de vista), consiste en habernos conservado los retratos de las principales personas que en su composición intervinieron.

En una de sus principales miniaturas vese, en efecto, al maestro don Luis que ocupa lugar preeminente en un estrado gótico-mudéjar. Más abajo se hallan un dominico y un franciscano, fray Juan de Zamora y fray Arias de Encinas, correctores del texto, y en la parte inferior, entre dos grupos de caballeros, y vistiendo amplio manto violado sobre el que destaca el distintivo rojo de los judíos, Mosé Arrajel ofreciendo su libro.

Completan esta composición dos pajecillos a un lado y otro del Maestre, siete caballeros de la Orden de Calatrava, que en una grada del estrado ejercitan las obras misericordiosas de dar de beber, calzar, visitar, consolar y enterrar.»

BIBLIOGRAFIA

- Amador de los Ríos, José: *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*. Madrid, 1875-1876. Hay otra edición, Aguilar, 1960. 1010 pp.
- Anónimo: *Literatura judaica*. La España Editorial, Madrid, sin año impresión.
- Atienza, J. G.: *Guía judía de España*. Madrid, Atalena, 1978, 2294 pp.
- Archivo General de Simancas: *Manuscritos documentales de la sección de judíos*. Catalogados por el director don Mariano Alcocer Martínez.
- Caffarena y Such, Angel: *Las academias de Córdoba y Toledo de los Rabanim (rabinos) españoles*. Málaga, 1969.
- Cantera Burgos, Francisco y Carrete Parrondo, Carlos: *Las juderías medievales de la provincia de Guadalajara*. Madrid, Sefarad, 1975.
- Castillo y Mayona, Joaquín del: *El Tribunal de la Inquisición, llamado de la Fe o del Santo Oficio*. Barcelona, 1835.
- Castro, Alfonso: *El problema judío*. Madrid, Rubiños, s. a.
- Castro, Américo: *España en su historia: cristianos, moros y judíos*. Buenos Aires, 1948.
- Elkosi, Guadella: *Antología de la Biblia*. Tel-Aviv, 1953.
- Domínguez Bordona, Jesús: *Retratos en manuscritos españoles*. Madrid, 1928.
- Hurovitz, David: *Breve reseña histórica del pueblo judío*. Buenos Aires, 1955.
- Lacalle, José María: *Los judíos españoles*. 174 pp. y seis ilustr. Ediciones y Publicaciones, Barcelona, Sayma, 1961.
- Ladman, Samuel: *The Universal Jewish Encyclopedia*. New York, 1954. Diez tomos en folio.
- Link, Pablo: *Enciclopedia judía*. Buenos Aires, Héctor Motera, 1950.
- : *La cultura judía*. Buenos Aires, 1957.
- Millás Vallicrosa, José María: *Literatura hebraico-española*. Editorial Labor, Barcelona, 1967.
- Neuman, Abraham A.: *Los judíos en España*. Filadelfia, 1948, 2 tomos.
- Paz y Meliá, Antonio: *Tesoro de los judíos sefardíes*. Jerusalem, 1962.
- : *La Biblia de la Casa de Alba del Rabi Mosé Arrajel de Guadalajara*. Sep. de «Jesús», LXVII.
- : *La Biblia puesta en romance por Rabi Mosé Arrajel de Guadalajara*. Tomo II del Homenaje a Menéndez y Pelayo. Madrid, 1890.
- : *La Biblia traducida por Rabi Mosé Arrajel de Guadalajara y publicada por el duque de Berwick y de Alba*. Madrid, 1920-1922.
- Pulido Fernández, Angel: *Españoles sin patria y la raza sefardi*. Madrid, 1905. Revista de Historia: *Tesoros sefardíes*. Jerusalem, 1950-1961.
- Roth, Cecil: *The Jewish contribution to civilisation*. London, 1938.
- Sánchez-Albornoz Claudio: *La tolerancia española medieval*. Buenos Aires, La Prensa, 1946. Aparte otros ensayos y sus grandes obras.
- Schwartz, Leo W.: *A Golden Treasury of Jewish Literature*. New York 1937.